Órdenes Lacradas CMI 2020 – jueves, 6 de agosto, 2020

La lucha – 1 Pedro 2:13-4:19

Las primeras secciones de 1 Pedro son geniales. ¡Sí, tenemos a Jesús! ¡Sí, podemos ser santos! ¡Sí, estamos juntos en esto para declarar la gloria de Dios! Y luego Pedro decide dar un giro. Desde el final del capítulo 2 hasta el final del capítulo 4, Pedro aborda muchas de las cosas que a los soñadores y al escuadrón de la positividad les gusta evitar: la sumisión, el sufrimiento, los injustos; oh espera, más sufrimiento; ¿ya dijimos sufrimiento? ¡Qué estimulante!

Si eres como yo, preferirías evitar tener conversaciones sobre las cosas más desagradables de la vida. ¡Preferirías mirar el sol y el arco iris, celebrar las bellezas y alegrías de la vida! Pero la realidad es que una parte de la vida es realmente una lucha. Y es importante que nos demos cuenta de que esta lucha es una a la que nadie es inmune. De hecho, es una que por lo general experimentan más los marginados y oprimidos en nuestra sociedad.

Estamos en un momento en que nuestra sociedad está analizando detenidamente la lucha que Pedro describe en las Escrituras. Vemos las protestas, leemos las contiendas en las redes sociales, experimentamos la brecha que se expande entre las personas e incluso dentro de nuestra propia iglesia. Todos nos enfrentamos a la pregunta: ¿entramos en la contienda o nos retiramos a la autoconservación?

Podemos justificar nuestras decisiones culpando a los demás.

«Bueno, si no fuera [completa el espacio en blanco], entonces esto no sería un problema».

«La única razón por la que esto es un problema es porque HICIERON esto...»

«No era un problema antes, ¿por qué es un problema ahora?»

Pero las instrucciones en 1 Pedro no se centran en el comportamiento de los demás; están centradas en NUESTRO comportamiento, NUESTRAS actitudes, NUESTRAS elecciones. Nunca podremos controlar los actos y actitudes de los demás, pero PODEMOS controlar los actos y actitudes de nosotros mismos. Nuestro trabajo es asegurar que se alineen con el corazón y el amor de Jesús. Nuestro trabajo es asegurar que estamos promoviendo los valores del reino de Dios y tratando a todas las personas como bellas creaciones de Dios que han sido creadas a su imagen.

Entonces, en lugar de señalar con el dedo a los demás, comenzamos señalando con el dedo a nosotros mismos. ¿Hemos reflejado a Jesús en nuestro trato a los demás? ¿Hemos liderado con amor y entregado algún deseo egoísta por el bien de los demás? ¿Hemos promovido la justicia de Dios de una manera que edifique el reino de Dios?

Muchas veces encontramos que nosotros mismos somos los opresores. Ya sea consciente o no, tenemos una tendencia a concentrarnos en nosotros mismos y olvidar ver a los demás. En consecuencia, algunas de nuestras actitudes y acciones hacen que otros sean menospreciados u olvidados. Pero eso no es lo que estamos llamados a ser.

Estamos llamados a ser como Jesús. Estamos llamados a dar nuestra vida por el bien de los demás; pensar en ellos primero y honrarlos. Estamos llamados a exigir que prevalezca la justicia de Dios. Estamos llamados a soportar la lucha en lo que respecta a nosotros mismos, pero persistimos en lidiar con la lucha, ya que arruina y destruye a los demás. Eso es lo que hizo Jesús. Dio su vida y soportó el sufrimiento para que seamos levantados y restaurados.

Seamos más como Jesús.

Tiempo para reflexionar:

- ¿Has experimentado sufrimiento como resultado de tu fe?
- ¿Cuál es tu postura para escuchar el sufrimiento de los demás? ¿Cómo buscas ayudar a los demás?
- ¿Es más probable que mires tus fallas o las fallas de los demás? ¿Por qué?